

JUAN GABRIEL ARAYA

LO DOMESTICO

Ya hay una casa y una olla preparada
para esperar al invitado de la mesa diaria,
un aliento de tetera que levanta el techo
y un olor de manos traducido en pan.

Langostas húmedas caen sobre la tierra,
nada se ve, sólo asoman las palabras
envueltas en un capullo de ardientes brasas.

La mesa está puesta, se extiende su superficie
ocupando todos los rincones.
Aprovechemos este dorado momento.

FRAGMENTOS

I

Una vieja chismea mostrando los dientes del día.
Mire vecino: Dicen esto, parece...
Atardece en las casas.
Llora el sol sus pedazos de mimbre,
silencio.
Se barre la calle con el perfume de las rosas,
silencio.
Caballos multicolores navegan por el cielo,
silencio.
Muchachos encuadrados sacuden los árboles.
Comerciantes empolvados miran un gato.
Zapatos relucientes quiebran la plaza.
Es la hora de la tarde continua...

II

¿Cuándo llegué a este mediodía de jardines?
¿Cómo recibí en mis manos las hebras
más delicadas del viejo sol?
Prendas bienamadas y amadas hasta
la última raya del horizonte.
Daba vueltas el contorno de mi sombra,
golpeaba su oscuro seno
en vano intento de aturdir su conciencia,
hasta más allá de su comienzo.
Vuelo de gotas de aromos desprendidos
¿dónde estabais?